

destiemplos

Revista de curiosidad cultural



Diciembre 2014-Enero 2015 | Publicación bimestral de Editorial Grupo Destiemplos |
ISSN: 2007-7483 | Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2013-1081441300-10211

LITERATURA TESTIMONIAL: JUSTIFICACIÓN PERSONAL O VOLUNTAD DE UTILIDAD HISTÓRICA

Dos testimonios de *Sonderkommando* en Auschwitz

Salomé Guadalupe Ingelmo
Universidad Autónoma de Madrid



*Dios de Auschwitz, comprende que debo
acordarme de Auschwitz. Y que debo recordártelo.*
Elie Wiesel, *El olvidado*

*Quien tiene un porqué para vivir, encontrará casi
siempre el cómo.*
Friedrich Nietzsche, *El ocaso de los ídolos*

*Dedicado a la memoria de mi abuelo, que fue obligado a
alistarse en la División Azul y a participar en una guerra que no
era la suya.*

INTRODUCCIÓN

La figura del *Sonderkommando* constituye una incógnita alrededor de la cual se ha tenido poca y sesgada información; sobre la que se han lanzado conclusiones demasiado apresuradas o tendenciosas¹. Sólo recientemente se han comenzado a realizar trabajos libres de los prejuicios que tradicionalmente han perseguido a estos hombres. Por eso intentaremos ahondar en esas figuras partiendo de sus propias palabras: del análisis comparativo entre los testimonios de dos *Sonderkommando* de Auschwitz, Shlomo Venezia y Zalmen Gradowski². Dos obras que se revelan netamente

¹ Greif, *We Wept Without Tears*, 54ss (en concreto el capítulo "Condemning the Sonderkommando").

² No se analizará aquí el libro de Chil Rajchman, *Sonderkommando* de Treblinka, un testimonio duro y muy sincero, en la línea del de Shlomo Venezia, porque las condiciones de los *Sonderkommando* de Treblinka, un campo en cierta medida experimental, son muy distintas de las de los *Sonderkommando* de Auschwitz. Lo que también dejó huella psicológicas sobre los prisioneros. En Auschwitz el trabajo de los *Sonderkommando* está ya especializado, mientras en Treblinka un mismo *Sonderkommando* seleccionaba objetos, cortaba el cabello, sacaba dientes de oro y transportaba cadáveres según los momentos. Además solían durar apenas días. Precisamente esto originó el desorden e ineficiencia inicial del campo. "Después los asesinos cambiaron de



distintas no sólo formalmente, en cuanto a estilo, sino también por lo que respecta a las propias pautas de aproximación a los hechos. Ello nos permitirá, además, reflexionar sobre la naturaleza de la literatura testimonial: sobre el espíritu con el que el sujeto se acerca a este género y los objetivos que persigue cuando lo practica.



ANTECEDENTES: QUÉ ES UN *SONDERKOMMANDO*

Los *Sonderkommando*, como su propio nombre indica, fueron equipos especiales de prisioneros, casi siempre judíos. A ellos se les obligó, bajo

táctica. Porque debido a que enseguida fusilaban a los obreros, el trabajo marchaba mal, ya que no había tiempo de entrenarse" (Rajchman, *Treblinka*, 101). Además los medios técnicos fueron evolucionando, facilitando y acelerando el genocidio en centros como Auschwitz.

amenaza de muerte³, a desempeñar actividades relacionadas con la aplicación de la "Solución final". Su función consistió en ayudar a desvestirse y entrar en las cámaras de gas a las víctimas⁴, seleccionar sus pertenencias, extraer las piezas dentales de oro de los ejecutados y cortar el cabello —que se vendía a la industria textil— de los cadáveres femeninos⁵, vaciar y limpiar las cámaras de gas después de cada sesión⁶, acarrear e incinerar los cuerpos y deshacerse de esas cenizas.

La organización en los crematorios se asemejaba a una cadena de montaje. Así lo advirtió precozmente el corresponsal de guerra Vasili Grossman:

El cadalso de Treblinka no era un cadalso sencillo: era un lugar de ejecución en cadena, método adoptado para la producción industrial contemporánea. Y de igual manera que un verdadero conglomerado industrial, Treblinka no surgió de pronto tal y como ahora la describimos. Creció paulatinamente, se desarrolló, creó nuevos «talleres»". (Grossman, "El infierno de Treblinka, 538).

La clave de la eficacia genocida demostrada por los nazis radicaba en la fluidez y velocidad que se exigía en cada actividad. Leon Cohen, *Sonderkommando* "dentista" de Auschwitz, calcula que disponía de unos diez minutos para revisar sesenta o setenta y cinco cadáveres (Greif, *We Wept Without Tears*, 301). Nos encontramos ante una estructura montada

³ La situación de los *Sonderkommando* me recuerda, vagamente si se quiere, a la de los españoles que se vieron obligados a alistarse en la División Azul. Al margen de los voluntarios falangistas, muchos desafectos al régimen o sospechosos de haberlo sido se alistaron bajo coacción: para no ser represaliados o para que no lo fuesen sus familias. Luis García Berlanga pensó que quizá así se le conmutaría la pena de muerte a su padre, que era republicano. La División Azul se convirtió en una prueba para demostrar la fidelidad de los hombres bajo sospecha, que así podían evitar la "reeducación" en los campos de trabajos forzados. Eso por no hablar de los reclutamientos forzosos (Moreno, *La División Azul*, 99).

⁴ Les exigían que convenciesen a las víctimas de que sólo recibirían una ducha. Para que la farsa resultase más creíble, se asignaba a cada persona una percha para la ropa con un número que, les decían, debían recordar para evitar errores durante la recogida que nunca avendría. Los *Sonderkommando* habían de procurar que los abundantes grupos de personas se desvistiesen lo más rápido posible, ayudándoles si era necesario.

⁵ Un grupo de *Sonderkommando* sacaban, con mucha dificultad, pues los cadáveres estaban rígidos y enmarañados entre sí —amén de resbaladizos por los abundantes restos de fluidos—, los cuerpos de la cámara y los llevaban a un atrio contiguo. Allí estaban los "barberos" y "dentistas" (Venezia, *Sonderkommando*, 80-81, 178). Éstos debían ejecutar sus labores velozmente para que, una vez extraído todo lo de valor, los cuerpos fuesen transportados por otros *Sonderkommando* hasta los hornos.

⁶ Resulta estremecedora la explicación de Shlomo Venezia sobre cómo, tras haber aireado la cámara, tenían que limpiar a fondo con agua el suelo y las paredes para que la nueva remesa que había de entrar no sospechase. Asegura que se habrían aterrado nada más ver la sangre y todo tipo de fluidos que se acumulaban por doquier, mientras que los restos de agua de la limpieza podían pasar por charcos producto de la ducha anterior. De hecho a menudo había que volver a encalar los muros (Venezia, *Sonderkommando*, 93; Greif, *We Wept Without Tears*, 46).

para producir el asesinato en masa. Por eso cualquier retraso en el transporte de las víctimas o en el funcionamiento de los “talleres” suponía la única y verdadera tragedia para los verdugos: un contratiempo que entorpecía todo el proceso y generaba tensiones a lo largo de esta cadena de muerte. El proceso de eliminación de un convoy entero duraba, comprendido el exterminio y la reducción de los cuerpos a cenizas, unas setenta y dos horas (Venezia, *Sonderkommando*, 102). En efecto ningún otro genocidio de la historia de la humanidad ha sido tan meticulosamente planificado ni tan escrupulosamente llevado a cabo mediante el uso, además, de medios técnicos desarrollados específicamente para ello. Esa meticulosidad se manifestó también a la hora de hacer desaparecer las pruebas de la tragedia. Los supervivientes involucrados en esta tarea subrayan cómo los alemanes les obligaban a moler concienzudamente los huesos que resistían los hornos crematorios hasta convertirlos en finísimo polvo⁷. Además, cuando se hizo evidente que los pozos de cenizas resultarían llamativos, se ordenó a los *Sonderkommando* que vertiesen lo que sarcásticamente se denominaba “comida para peces” (Greif, *We Wept Without Tears*, 197, 275) en los ríos más cercanos (Gradowski, *En el corazón del infierno*, 167-168; Venezia, *Sonderkommando*, 112). También se optó por hacer que los prisioneros roturasen la tierra de las zonas de los crematorios (Gradowski, *En el corazón del infierno*, 168). En algunos lugares como Treblinka, la ocultación de las pruebas se logró tan bien que sólo muy recientemente, gracias a modernas técnicas arqueológicas, se han comenzado a recuperar vestigios.

Conviene subrayar, por tanto, que los *Sonderkommando*, si bien a veces se veían obligados a sujetar a la víctima durante las ejecuciones con

⁷ Mediante un molino mecánico en Madjanek y con un martillo pilón o mazos en la mayoría de campos (Venezia, *Sonderkommando*, 97; Rajchman, *Treblinka*, 94-95).

arma de fuego⁸, no eliminaban –como en ocasiones se ha afirmado incorrectamente– a sus semejantes.

Ciertamente constituye un magro consuelo. Pues, aunque la mayoría de los pocos que han sobrevivido y han decidido dar su testimonio dicen no sentirse culpables, algo muy distinto se suele intuir tras sus palabras. Para empezar casi siempre puntualizan que no se sienten culpables “por haber sobrevivido”; pero prefieren no abundar en los detalles que les facilitaron esa supervivencia, que siempre describen como condición sine qua non exigida por los alemanes para dejarles con vida. Insisten en que desearían que todos entendiesen que para ellos sobrevivir pasaba por ejecutar las órdenes, por muy horribles que fuesen. Lo que significa que, quizás, aún sabiendo que carecían de opciones, a ellos mismos les cuesta perdonarse por lo que tuvieron que hacer. Que probablemente les sigue costando incluso comprender cómo lograron hacerlo.

Shlomo Venezia se vio obligado a introducir al primo de su padre en la cámara de gas. Le mintió cuando, de camino a las instalaciones, le preguntaba si era una muerte larga o dolorosa. Los compañeros se encargaron de extraer después su cuerpo para que no tuviese que ver los peores estragos del gas, y le dieron la oportunidad de rezar junto a él antes de introducirlo en el horno (Venezia, *Sonderkommando*, 127-29). Una experiencia similar relata Ya’akov Gabai, también *Sonderkommando* de Auschwitz, que hubo de introducir en la cámara a dos primos suyos,

⁸ Como Shlomo Venezia indica, se necesitaba práctica para evitar que la sangre salpicase al verdugo, lo que generalmente tenía consecuencias funestas. Su hermano, que trabajaba en el mismo crematorio que él, en un descuido, estuvo a punto de descubrirlo. Con el tiempo los SS comprendieron que para evitar las salpicaduras convenía cambiar las pistolas con balas, que a tan corta distancia reventaban el cráneo, por un fusil de aire comprimido. Este género de ejecuciones, aún más duras, se llevaban a cabo sobre todo con los deportados que no lograban bajar por su propio pie de los trenes y que habrían entorpecido el procedimiento de la cámara de gas. Eran transportados en camiones y volcados en el patio del crematorio. Los *Sonderkommando* a menudo habían de desvestirlos y sujetarlos mientras recibían un tiro en la nuca (Venezia, *Sonderkommando*, 97-99). Compañeros de Shlomo que trabajaban en el Crematorio V aseguraban que allí esas víctimas con movilidad reducida solían ser descargadas, aún vivas, directamente en zanjás que ardían a cielo abierto (Venezia, *Sonderkommando*, 101).

aconsejándoles que se colocasen justo debajo de la salida del gas para que pudiesen morir antes (Greif, *We Wept Without Tears*, 190-91).

Shlomo Venezia, que siempre declaraba no sentirse culpable por haber tenido la suerte de sobrevivir, en su libro reconocía sentirse en parte cómplice de las muertes en las que se vio involucrado, aunque él no asesinase en primera persona y aunque supiese que el castigo por no obedecer las órdenes consistía en ser automáticamente eliminado (Venezia, *Sonderkommando*, 100). Incluso él, que parecía haber asumido totalmente su pasado y haber llegado a un cierto grado de paz consigo mismo, reconoce que nunca quiso recordar cómo en varias ocasiones abrió, y sobre todo cerró, la trampilla⁹ por la que se introducía el gas Zyklon B¹⁰ dentro de las cámaras (Venezia, *Sonderkommando*, 89). A todas luces ese fue, en su caso, de todos los recuerdos, el que más le atormentó. El secreto más duro de reconocer y más enterrado en su memoria.

La del *Sonderkommando* era una situación precaria, sólo de aparente privilegio. Mientras nadie dentro de los campos conocía su destino, ellos, por el contrario, se sabían abocados al horno en un plazo variable según circunstancias pero no muy largo. Además, las comodidades para el cuerpo –comida y bebida¹¹, cambios de ropa más frecuentes¹², la posibilidad de dormir en camas y en un ambiente

⁹ La trampilla por la que se introducía el Zyklon B era de cemento muy pesado y sólo podía abrirse entre dos hombres. Los alemanes, que siempre introducían personalmente el gas, hacían que esa labor fuese ejecutada por dos *Sonderkommando*.

¹⁰ Sobre las huellas que este género de muerte dejaba en los cadáveres que se amontonaban en las cámaras de gas habla Shlomo Venezia (Venezia, *Sonderkommando*, 83). El gas Zyklon B era un pesticida a base de cianuro con el que se impregnaban materiales de soporte como piedrecillas absorbentes. Al contacto con el agua o la humedad ambiental, el cianuro se dispersaba en forma de cianuro de hidrógeno gaseoso, provocando la muerte por sofocación creciente en 20 ó 25 minutos. Se trataba de un sistema barato de exterminio, pues bastaban 4 gramos por persona. Por esas crueles ironías de la vida, el gas Zyklon B había sido desarrollado por el judío alemán Fritz Haber en 1920.

¹¹ Precisamente la promesa de raciones extra fue lo que empujó a Shlomo a ofrecerse voluntario, desde luego antes de descubrir en qué consistiría su trabajo (Venezia, *Sonderkommando*, 70). Al margen de que los *Sonderkommando* fuesen mejor alimentado por las SS, este cuerpo especial tenía acceso a los viveres confiscados a los deportados. Además a veces traficaban con algunos de los objetos que encontraban en el equipaje de los gaseados (Venezia, *Sonderkommando*, 117-18), y eso les permitía no pasar las privaciones que sufrían el resto de prisioneros.

¹² Para evitar las epidemias que el contacto con tantos cueros enfermos hubiese podido ocasionar. Por ese motivo, cuando se les decía que su grupo iba a ser mandado a ducharse, inmediatamente sospechaban que



caldeado¹³ y el trato algo menos duro¹⁴— exigían mayores torturas para el alma: su situación psicológica era de las peores. Shlomo Venezia hubiese preferido ser un prisionero cualquiera, sometido a mayores privaciones, en lugar de vivir en permanente contacto con la muerte (Venezia, *Sonderkommando*, 114).

Shlomo Venezia tuvo “suerte”¹⁵ porque pudo resistir con vida hasta ser liberado por los norteamericanos. Fue *Sonderkommando* durante ocho meses y medio, a pesar de que estos equipos especiales eran, a su vez, regularmente exterminados para evitar que pudiesen difundir detalles sobre la aplicación de la “Solución final”. De hecho así se lo explicó un compañero apenas él se ofreció voluntario, sólo que en un principio Shlomo no entendió los eufemismos:

Me dijo también que todas las personas que formaban parte de aquel *Sonderkommando* eran regularmente “seleccionadas” y «transferidas» a otro lugar. Eso ocurría aproximadamente cada tres meses. De momento, no comprendí que las palabras “selección” y “transferencia” eran eufemismos que, en realidad, significaban “eliminación”. Pero no tardé mucho tiempo en comprender que habíamos sido integrados en el *Sonderkommando* para sustituir a antiguos prisioneros que habían sido “seleccionados” y “ejecutados”.

(Venezia, *Sonderkommando*, 71).

Sin embargo, a causa del enorme trabajo que había, su grupo no sufrió ninguna selección; de hecho no dejaban de aumentar en número

hubiese llegado su última hora. De hecho, Shlomo está convencido de que les mandaban a la Sauna cada cierto tiempo en grupos, más que por desinfección, para que se acostumbrasen a esas salidas y así, el día que de verdad los llevasen a gasear, hubiesen dejado de sospechar y se encaminasen dóciles al exterminio (Venezia, *Sonderkommando*, 109).

¹³ En Auschwitz los *Sonderkommando* se instalaron, primero, en barracones aislados del resto por un muro de ladrillo y alambre de espino. Después, en un dormitorio dentro del propio crematorio (Venezia, *Sonderkommando*, 73). Éste estaba sobre la sala de hornos, por lo que no pasaban frío. Mientras el resto de presos compartían una litera entre seis, ellos tenían derecho a una cama para cada uno.

¹⁴ A ellos, por ejemplo, no se les solía pegar (Venezia, *Sonderkommando*, 105).

¹⁵ Del grupo de judíos griegos que trabajaron en Auschwitz, sólo once sobrevivieron al final de la guerra. Los testimonios de algunos de ellos se recogen en Greif, *We Wept Without Tears*. El testimonio de Daniel Bennahmias, otro *Sonderkommando* judío del grupo griego, es recogido en Fromer, *The Holocaust Odyssey of Daniel Bennahmias*.



(Venezia, *Sonderkommando*, 108). Pero si bien los testimonios de otros *Sonderkommando* de Auschwitz confirman la llegada de nuevos miembros periódicamente a ese grupo, en el de los húngaros, a intervalos regulares, algunos *Sonderkommando* eran enviados a campos aledaños, sobre todo Mautahusen, presuntamente para trabajar allí. Esa versión oficial fue creída por los propios interesados hasta que un SS ebrio les revelo que estaban siendo enviados a la cámara de gas. Entonces el grupo griego entendió que, antes o después, correría la misma suerte que el grupo húngaro (Greif, *We Wept Without Tears*, XXI).

Aparte de los problemas de conciencia inherentes a las funciones que desempeñaban y de la tensión generada por la amenaza constante de ser eliminados, a medida que se corrió la voz sobre sus actividades, también tuvieron que afrontar los reproches de algunas de las víctimas. Mientras se desvestían, justo antes de desaparecer en la cámaras de gas, a veces les acusaban de colaborar con los alemanes; de ayudar a exterminar a su propio pueblo a cambio de sobrevivir (Greif, *We Wept Without Tears*, 15). Sin embargo también se dieron sobrecogedores casos contrarios: Filip Müller, *Sonderkommando*, asegura que asqueado de su vida, decidió ponerle fin entrando junto a un grupo en la cámara de gas, y que una de las mujeres que lo componían le disuadió explicándole que su muerte no les salvaría a ellos, y que él estaba obligado a sobrevivir por los demás, para poder denunciar lo que las víctimas habían sufrido (Greif, *We Wept Without Tears*, 20).

Algunos de estos hombres en efecto sobrevivieron, pero algo pereció dentro de ellos y quedó enterrado para siempre entre los muros de los campos. Los testimonios demuestran que todos tuvieron muchos problemas para asumir —hablar de superar resultaría ridículo— esa experiencia. A menudo intentaron eludirla mediante el silencio, fingiendo haber sepultado el horror bajo un pretendido olvido.

CONDICIONANTES PSICOLÓGICOS

Las experiencias vividas por los *Sonderkommando* eran durísimas. Sin embargo todos concuerdan en que al final uno se "anestesiaba" ante ellas, se convertía en un robot incapaz de mostrar sentimientos. Y esa insensibilidad facilitaba la supervivencia¹⁶. *"Nos convertimos en autómatas, obedeciendo las órdenes e intentando no pensar, para sobrevivir algunas horas más"*, asegura Shlomo Venezia (Venezia, *Sonderkommando*, 77). A ese embotamiento de los sentidos, a la incapacidad de reaccionar ante el horror que diariamente vivían, hace alusión el título *We wept without tears*, de Gideon Greif. Que está tomado, por otro lado, del testimonio de uno de los *Sonderkommando* del grupo griego, Josef Sackar, quien a la pregunta de si lloró alguna vez, responde:

Muchas veces. No sólo una. En mitad del trabajo, aunque sin lágrimas. Desde entonces ya no me quedan lágrimas. Nosotros llorábamos sin lágrimas (Greif, *We wept without tears*, 103).

Viktor Frankl, psicólogo y superviviente de Auschwitz y Dachau, cuenta:

Estuve algún tiempo en un barracón cuidando a los enfermos de tifus; los delirios eran frecuentes, pues casi todos los pacientes estaban agonizando. Apenas acababa

¹⁶ Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 68:

Aparte de su función como mecanismo de defensa, la apatía de los prisioneros era también el resultado de otros factores. El hambre y la falta de sueño contribuían a ella (al igual que ocurre en la vida normal), así como la irritabilidad en general, que era otra de las características del estado mental de los prisioneros. La falta de sueño se debía en parte a la invasión de toda suerte de bichos molestos que, debido a la falta de higiene y atención sanitaria, infectaban los barracones tan terriblemente superpoblados. El hecho de que no tomáramos ni una pizca de nicotina o cafeína contribuía igualmente a nuestro estado de apatía e irritabilidad.

Además de estas causas físicas, estaban también las mentales, en forma de ciertos complejos. La mayoría de los prisioneros sufrían de algún tipo de complejo de inferioridad. Todos nosotros habíamos creído alguna vez que éramos "alguien" o al menos lo habíamos imaginado. Pero ahora nos trataban como si no fuéramos nadie, como si no existiéramos. (La conciencia del amor propio está tan profundamente arraigada en las cosas más elevadas y más espirituales, que no puede arrancarse ni viviendo en un campo de concentración. ¿Pero cuántos hombres libres, por no hablar de los prisioneros, lo poseen?) Sin mencionarlo, lo cierto es que el prisionero medio se sentía terriblemente degradado.

de morir uno de ellos y yo contemplaba sin ningún sobresalto emocional la siguiente escena, que se repetía una y otra vez con cada fallecimiento. Uno por uno, los prisioneros se acercaban al cuerpo todavía caliente de su compañero. Uno agarraba los restos de las hediondas patatas de la comida del mediodía, otro decidía que los zapatos de madera del cadáver eran mejores que los suyos y se los cambiaba. Otro hacía lo mismo con el abrigo del muerto y otro se contentaba con agenciarse —¡Imagínense qué cosa!— un trozo de cuerda auténtica. Y todo esto yo lo veía impertérrito, sin conmoverme lo más mínimo (Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 31-32).

Un testimonio muy similar nos lo ofrece Shlomo Venezia:

Los primeros días, a pesar del hambre que me atenazaba, me costaba tocar el mendrugo de pan que recibíamos. El olor persistía en las manos, me sentía manchado por aquella muerte. Con el tiempo, poco a poco, fue necesario acostumbrarse a todo. Se convirtió en una especie de rutina en la que no había que pensar.
(Venezia, *Sonderkommando*, 85).

La resignación y la apatía son los dos sentimientos más comunes dentro de los campos. Además parece como si, en su fuero interno, todos los prisioneros sospechasen que nadie podría entender los horrores vividos: superaban cualquier límite de compresión humana, cualquier experiencia conocida o imaginable. Así se entiende la pesadilla recurrente de Primo Levi en el campo: está de nuevo entre familiares y amigos, pero aunque le escuchan mientras cuenta sus padecimientos en Auschwitz, él se da cuenta de que se muestran indiferentes, lo que le produce un terrible desconsuelo, un dolor con nada comparable. Un sueño que según su compañero tienen todos los presos del campo (Primo Levi, *Si esto es un hombre*, 33). La sensación de estar viviendo en un mundo irreal, dentro de una pesadilla, la encontramos repetidamente en los testimonios de los

supervivientes¹⁷. Como si todos ellos hubiesen adivinado que esa parte de sus vidas nunca habrían podido compartirla con nadie, porque nadie que no hubiese estado en un campo lograría entender verdaderamente la irracionalidad y la deshumanización allí reinantes.

Las víctimas a veces se convirtieron en una carga incómoda. Su presencia violentaba a quienes no habían pasado por la deportación: generaban un sentimiento de culpabilidad o desconfianza. Incluso se llegó a marginar a los supervivientes cuando su reacción no coincidía con la esperada. Imre Kertész describe en *Sin destino* cómo, al regreso del joven György a su antiguo barrio, un vecino, al ver que el muchacho no está dispuesto a simplificar su experiencia considerándose únicamente una víctima sin control alguno sobre su destino, llega a exclamar ofendido: *"Ahora resulta que vamos a ser nosotros los culpables, nosotros que en realidad somos las víctimas..."* (Kertész, *Sin destino*, 236).

LA ESTIGMATIZACIÓN DEL SONDERKOMMANDO

En efecto, Jorge Semprún, comunista vinculado a la resistencia francesa que había de convertirse en Ministro de Cultura en la España socialista y superviviente del campo de Buchenwald, denunciaba que la opinión pública exigía del superviviente de los campos nazis que se sintiese culpable por no haber perecido. Él se declaraba incapaz de culpabilizarse por haber tenido suerte en tales circunstancias; pero indicaba que si uno quería ser un testigo presentable y considerado de confianza, había de avergonzarse por estar vivo. Una actitud que estimaba rentable. Semprún añadía que las únicas víctimas hacia las que no se albergaba desconfianza eran aquellas que lo habían sido hasta el final, y por tanto habían muerto. Lo que suponía

¹⁷ Romeo Salmoni, observando el triste espectáculo de las mujeres de Auschwitz que se desplazan al trabajo, ya consumidas sus energías, convertidas en carne de crematorio, exclama: "¡No, esto es una pesadilla! No se podía reducir a aquel estado a seres humanos" (Salmoni, *Ho sconfitto Hitler*, 50).

un problema, porque justamente ésas jamás podrían ofrecer su testimonio a los historiadores (Semprún, *Viviré con su nombre*, 19).

Uno de los ejemplos más sangrantes de esa susceptibilidad o incluso abierta hostilidad hacia los supervivientes lo encontramos en las críticas feroces, brutales y a veces abyectas que se vertieron contra la entrevista al *Sonderkommando* "barbero" de Treblinka Abraham Bomba, integrada dentro de la película *Shoah*. Hablamos no sólo de comentarios peregrinos sino de extensos artículos escritos por individuos defensores de las tesis revisionistas con el único fin de desacreditar el testimonio que los espectadores recuerdan como el más conmovedor de la cinta, el que suscitaba más empatía. Lo que pasaba por "demostrar" que Bomba, que al margen de los horrores vividos durante el desempeño de su función, perdió en Treblinka a su mujer y su hijo, en realidad era un impostor.

Dice Simone Veil, presidenta de la Fundación para la Memoria de la Shoah y superviviente de Auschwitz:

Regresábamos de un mundo donde habían querido expulsarnos de la humanidad: queríamos decirlo, pero nos topamos con la incredulidad, la indiferencia e, incluso, la hostilidad de los demás. Sólo años después de la deportación encontramos el suficiente valor para hablar, porque fuimos, por fin, escuchados
(Venezia, *Sonderkommando*, 16).

Y así lo confirma Shlomo Venezia:

Comencé a hablar muy tarde, porque la gente no quería oírlo, no quería creerlo. No es que yo no quisiera hablar. Cuando salí del hospital, me encontré con un judío y comencé a hablar. De pronto, me di cuenta de que, en vez de mirarme, estaba mirando a mis espaldas, a alguien que le hacía señales. Me volví y descubrí a uno de mis amigos haciéndole gestos para decirle que yo estaba completamente loco. Me bloqueé y, a partir de aquel mo-

mento, no quise contarlo más. Para mí suponía un sufrimiento contarlo, de modo que, cuando estaba ante gente que no me creía, me decía que era inútil (Venezia, Sonderkommando, 174).

Los tópicos acerca de los efectos que la experiencia del campo debería haber tenido sobre todas las víctimas, condujeron incluso a situaciones absurdas y crueles. Imre Kertész recuerda, por ejemplo, que su libro *Sin destino*, escrito a lo largo de trece años, tardó mucho en ser bien acogido por la frialdad con la que su protagonista se enfrenta a las atrocidades de Auschwitz. La obra se consideró impropia por ello, y uno de los primeros editores a los que se la ofreció se permitió acusarle prácticamente de antisemita (Kertész, *Sin destino*, 11).

Sin embargo, si algo trajo la experiencia de los campos fue una nueva conciencia de ser judío, incluso en quienes nunca habían reflexionado sobre su identidad. Así György, alter ego de Imre Kertész, asegura a su regreso del campo:

Todos habíamos estado dando pasos, yo también, y no sólo en la fila de Auschwitz sino antes, en casa. Yo había ido dando pasos con mi padre, con mi madre, con Annamária, y también había ido dando pasos -quizá los más difíciles- con la hermana mayor. Ahora ya sabría explicarle lo que era ser "judío": nada, no significaba absolutamente nada, por lo menos para mí, por lo menos originalmente, hasta que empezó lo de los pasos. Nada era verdad, no había otra sangre, no había otra cosa que..., y allí me paré, pero me acordé, de repente, de las palabras del periodista: sólo había situaciones dadas que contenían posibilidades. Yo había vivido un destino determinado; no era ése mi destino pero lo había vivido. No comprendía cómo no les entraba en la cabeza que ahora tendría que vivir con ese destino, tendría que relacionarlo con algo, conectarlo con algo, al fin y al cabo ya no podía bastar con decir que había sido un error,

una equivocación, un caso fortuito o que simplemente no había ocurrido (Kertész, *Sin destino*, 234).

En una entrevista Shlomo Venezia se mostró dolido por algunas palabras de Primo Levi, con cuyo análisis sobre la vida en Auschwitz por lo general decía estar muy de acuerdo:

Primo Levi hizo cosas que no debió hacer. Escribió mal de los que trabajábamos allí. Dijo que éramos los cuervos negros. ¡Ojalá hubiera sido yo un cuervo negro para poder salir volando de allí! Mejor eso que dejar de ser persona y convertirte en un número. No teníamos elección. Trabajando no pasabas frío, dormíamos junto a los hornos, y comías un poco más. Mientras yo estuve allí, entre septiembre y noviembre de 1944, mataron a 741 *Sonderkommando*. Y antes de que yo llegara, a algunos cientos más. De más de 1.000, solo nos salvamos 70 u 80. Y con mucha suerte¹⁸.

Las palabras a las que Shlomo alude son las siguientes:

Nada de similar había sucedido nunca, ni había estado concebido, con otras categorías de prisioneros; pero con ellos, con los "cuervos del crematorio" [los *Sonderkommando*], los SS podían compartir en el campo, a la par o casi. Dentro de este armisticio se lee una risa satánica: está consumado, os hemos vencido, ya nos sois más la otra raza, la anti-raza, el enemigo primero del Reich Milenario: no sois más el pueblo que rechaza los ídolos. Os hemos abrazado, corrompido, arrojado al fondo con nosotros. Sois como nosotros, vosotros orgullosos: manchados de vuestra sangre como nosotros. También vosotros, como nosotros y como Caín, habéis matado a vuestro hermano. Venid, podemos jugar juntos (Levi, *I sommersi e i salvatisalvati*, 41-42).

En realidad Primo Levi no pretende ofender a los *Sonderkommando*, sino poner de manifiesto el retorcido mecanismo inventado por las SS. Porque el autor es consciente de que el propósito de los alemanes fue corromper a estos hombres para convertirlos de víctimas en verdugos a los ojos de

¹⁸ http://elpais.com/diario/2010/05/23/domingo/1274586758_850215.html .

los demás, también para hacerles creerse y sentirse tales. De hecho no los considera más deshumanizados que el resto de prisioneros:

Puede que sólo a los santos les esté concedido el terrible don de la compasión hacia mucha gente; a los sepultureros, a los de la Escuadra Especial y a nosotros mismos no nos queda, en el mejor de los casos, sino la compasión intermitente dirigida a los individuos singulares, al Mitmensch, al prójimo [al co-uomo]: al ser humano de carne y hueso que tenemos ante nosotros, al alcance de nuestros sentimientos, que, providencialmente, son miopes (Levi, *Los hundidos y los salvados*, 49 - 50).

Aunque sí es cierto que, al poco tiempo de acabada su trágica experiencia, quizá precisamente como precipitado fruto de ésta, declaró en un artículo escrito para una revista médica que los *Sonderkommando* se escogían entre criminales¹⁹, cosa que no es cierta. Ésto, por lo que parece, sí sucedía con cierta frecuencia en el caso de los *Kapo*²⁰. Si bien para Primo Levi el prisionero asimila las reglas del campo cuando asume los valores del verdugo y colaborar con él, aunque sea de forma forzada; eso no le induce a confundir víctima y verdugo²¹. Además en su obra evita recurrir a la fácil división entre buenos y malos. De ello da testimonio *Los hundidos y los salvados*, que gira en torno al tema de la "zona gris" —que da título al segundo capítulo de la obra y también a la homónima película de Tim Blake Nelson sobre los *Sonderkommando*—. La "zona gris" designa las condiciones de vida en el campo por las cuales las víctimas se

¹⁹ "Emanaba un olor nauseabundo de sus ropas; siempre estaban sucios y tenían un aspecto completamente salvaje, unas verdaderas bestias feroces. Eran escogidos entre los peores criminales condenados por graves crímenes de sangre" (Levi - Benedetti, "Rapporto sulla organizzazione igienico-sanitaria").

²⁰ Shlomo Venezia asegura que al margen de los *Kapo* de los *Sonderkommando*, que eran judíos como casi todo el resto de sus miembros, no recuerda haber visto nunca *Kapo* judíos en Auschwitz ni en ninguno de los campos que pisó, si bien no excluye que los hubiese. Asegura que para esa función las SS solían escoger a criminales alemanes, gente violenta y a menudo sádica. Si bien reconoce que cuando no actuaban con toda la violencia que se esperaba aplicasen sobre el resto de presos, ellos mismos eran reemplazados y exterminados (Venezia, *Sonderkommando*, 64).

²¹ Otros investigadores también advierten la resistencia de Primo Levi a identificar ambos (David Galcerà, "Primo Levi").

convertían en cómplices de su propia destrucción y aceptaban que los crímenes pesasen sobre sus conciencias. La “zona gris” alude a un color neutro, porque la realidad no se divide en blancos y negros. Por eso Primo Levi, que denuncia también la crueldad en algunos prisioneros, evita atribuir la bondad sólo a los prisioneros y la maldad sólo a los nazis.

Parece más bien que la expresión “cuervos del crematorio”, que hería a Shlomo Venezia, fue inspirada por el lugar que habitaban los *Sonderkommando*, cuyo dormitorio estaba en los tejados de los crematorios.

Pero es cierto que otras personas incapaces de un análisis tan agudo y objetivo como el de Primo Levi, sí cayeron en la trampa nazi y en efecto estigmatizaron a los *Sonderkommando*, identificándolos a veces con los propios verdugos. Violentos, inhumanos, sádicos, codiciosos, ladrones... Son sólo algunos de los perfiles que les atribuyen muchos testimonios de otros presos de los campos que nunca llegaron a tratar con ellos. La reputación de estos hombres se vio seriamente dañada: alrededor de ellos creció el misterio, el terror y el odio. A la intolerancia alimentada hacia su figura contribuyó su propio silencio, que muchos siguieron manteniendo hasta fechas recientes por vergüenza o por miedo a no ser comprendidos. Los *Sonderkommando* estaban obligados a ocultar sus actividades; vivían apartados y se les prohibía el contacto con el resto de prisioneros. Ciertamente su existencia era algo menos miserable que la del resto, sin embargo las experiencias por las que hubieron de pasar trascienden lo humanamente soportable. Vivían, además, bajo la amenaza constante de que fuese su último día. También por eso organizaron la revuelta en tres campos de exterminio: en Treblinka el 2 de agosto de 1943, en Sobibor el 14 de octubre de 1943 y en Auschwitz-Birkenau el 7 de octubre de 1944. Lo más curioso es que los *Sonderkommando* de éste último reprochan al resto de presos, especialmente a los presos políticos, que se

negasen a acelerar la sublevación a pesar de que ellos venían anunciando que la situación era insostenible. Algunos incluso afirman que si el resto se hubiesen decidido antes, ellos habrían tenido que quemar en los hornos algunos judíos menos (Gradowski, *En el corazón del infierno*, 168-69; Lewental, "Des Voix sous le cendre", 107-112).

Si lo hicieron empujados únicamente por la tortura que les suponía su labor, o más bien por la certeza de que ellos también acabarían muy pronto en los hornos²², no lo sabremos nunca. La cuestión es que al final los *Sonderkommando* de Auschwitz se amotinaron solos. Les costó la vida a más de cuatrocientos de ellos, entre los cuales el propio Gradowski. Dado que además se estaban ya borrando las huellas del genocidio, en los días sucesivos otros *Sonderkommando* fueron ejecutados también. Poquísimos sobrevivieron a la purga y lograron mezclarse con el resto de deportados en las marchas de evacuación²³, la denominada "marcha de la muerte" de Auschwitz hacia Mauthausen. Aún así en los nuevos campos de recepción consiguieron dar con algunos de ellos y otra parte de los *Sonderkommando* perecieron entonces²⁴.

Los SS quisieron despojar a sus víctimas incluso del derecho a sentirse inocentes, y en buena medida lo consiguieron: hasta los presos más solidarios, los que se mantuvieron más humanos, guardan recuerdos que les atormentan, como robar comida o ropa a un muerto. El caso

²² Shlomo Venezia cree que quienes organizaron la revuelta aceleraron sus planes con la llegada de los últimos convoyes de judíos húngaros. Porque los sucesivos en desaparecer, antes de que se borrasen las últimas huellas del genocidio, habrían de ser ellos mismos (Venezia, *Sonderkommando*, 136).

²³ Shlomo Venezia recuerda cómo, cuando comenzaron a evacuar Auschwitz, la idea de los SS era acabar con los *Sonderkommando* supervivientes de la revuelta. Viendo que algunos presos comenzaban a ser sacados del campo, comprendieron que su única oportunidad era desobedecer las órdenes y salir de sus dormitorios, mezclarse con el resto de presos. "En varias ocasiones los alemanes, incapaces ya de distinguir los *Sonderkommando* supervivientes, pasaron preguntando quién había formado parte de esos cuerpos. Evidentemente ninguno de ellos lo reconoció" (Venezia, *Sonderkommando*, 147; Greif, *We Wept Without Tears*, 84, 117) y los alemanes tuvieron que comenzar la marcha.

²⁴ Llegados a Mauthausen, 180 *Sonderkommando* de Auschwitz fueron reconocidos y exterminados (Greif, *We Wept Without Tears*, 89). Daniel Bannahmias recuerda que, ya haciendo vida en Mauthausen, los alemanes pasaron a su barracón a preguntar quién había formado parte de los *Sonderkommando* de Auschwitz-Birkenau en múltiples ocasiones (Fromer, *The Holocaust Odyssey of Daniel Bannahmias*, 95).

extremo fue el de los *Sonderkommando*, forzados a unos trabajos abyectos que les marcarían de por vida. Pero lo cierto es que ellos, igual que el resto de prisioneros, eran individuos normales: un grupo heterogéneo de personas que tuvieron que afrontar los acontecimientos que les tocó vivir. No fueron monstruos sino simplemente hombres. Hombres con fortalezas y debilidades totalmente humanas.

SONDERKOMMANDO: LA VÍCTIMA QUE JUSTIFICA AL VERDUGO

Una de las principales funciones de los campos era la degradación del individuo. Todos los testimonios concuerdan, aunque quizá el más valioso, el más articulado y conmovedor a la par que asombrosamente ecuánime, lo encontremos en la obra de Primo Levi. Como concluye el autor, el régimen perseguía la aniquilación de la dignidad:

En un instante, con intuición casi profética, se nos ha revelado la realidad: hemos llegado al fondo. Más bajo no puede llegarse: una condición humana más miserable no existe, y no puede imaginarse. No tenemos nada nuestro: nos han quitado las ropas, los zapatos, hasta los cabellos; si hablamos no nos escucharán, y si nos escuchasen no nos entenderían. Nos quitarán hasta el nombre: y si queremos conservarlo deberemos encontrar en nosotros la fuerza de obrar de tal manera que, detrás del nombre, algo nuestro, algo de lo que hemos sido, permanezca (Levi, *Si esto es un hombre*, 13).

En efecto había que oponerse, si se quería seguir siendo persona:

Precisamente porque el Lager es una gran máquina para convertirnos en animales, nosotros no debemos convertirnos en animales; que aun en este sitio se puede sobrevivir, y por ello se debe querer sobrevivir, para contarlo, para dar testimonio; y que para vivir es importante esforzarse por salvar al menos el esqueleto, la armazón, la forma de la civilización. Que somos esclavos, sin ningún derecho, expuestos a cualquier ataque, abocados a una muerte



segura, pero que nos ha quedado una facultad y debemos defenderla con todo nuestro vigor porque es la última: la facultad de negar nuestro consentimiento (Levi, *Si esto es un hombre*, 21).

También Viktor Frankl abunda en la animalidad a la que induce el campo:

El carácter del hombre quedaba absorbido hasta el extremo de verse envuelto en un torbellino mental que ponía en duda y amenazaba toda la escala de valores que hasta entonces había mantenido. Influida por un entorno que no reconocía el valor de la vida y la dignidad humanas, que había desposeído al hombre de su voluntad y le había convertido en objeto de exterminio (no sin utilizarle antes al máximo y extraerle hasta el último gramo de sus recursos físicos) el yo personal acababa perdiendo sus principios morales. Si, en un último esfuerzo por mantener la propia estima, el prisionero de un campo de concentración no luchaba contra ello, terminaba por perder el sentimiento de su propia individualidad, de ser pensante, con una libertad interior y un valor personal. Acababa por considerarse sólo una parte de la masa de gente: su existencia se rebajaba al nivel de la vida animal. (Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 57)

De hecho, para sus verdugos, los animales contaban más que los judíos. Shlomo Venezia recuerda con desazón la tragedia que la muerte del perro del Crematorio II supuso para los mismos SS que habían asesinado a cientos de miles de hombres, mujeres, ancianos y niños (Venezia, *Sonderkommando*, 145).

Que los alemanes consiguieron al menos parcial y temporalmente su propósito de deshumanizar a sus víctimas queda patente en el propio trato que los *Sonderkommando* se daban entre sí. Shlomo Venecia afirma que apenas hablaban entre ellos y no solían saber los nombres de sus compañeros; normalmente se llamaban con el pronombre "tú" (Venezia, *Sonderkommando*, 116). En efecto existían problemas de comunicación

debidos a la lengua²⁵. No obstante la circunstancia me parece más un síntoma de la cosificación a la que se veían sometidos y que acababan asimilando como propia. Además, si no se humaniza al compañero, se sufrirá menos el día que éste desaparezca en el horno. La deshumanización, por tanto, constituía también un mecanismo de defensa.

Pero hubo prisioneros, también entre los *Sonderkommando*, que supieron defender su humanidad y seguir cultivando la solidaridad hacia sus semejantes:

Nosotros teníamos bastante comida y podíamos permitirnos intentar hacer llegar comida a los demás, aunque para ellos tuviéramos que correr algunos riesgos. Por ejemplo, durante la semana, los hombres que iban a buscar la sopa para el *Sonderkommando* se la dejaban a menudo, por el camino, a los prisioneros que trabajaba en la prolongación de la vía férrea. Dejábamos nuestra marmita, llena aún, para tomar la suya, ya vacía. No nos hacía falta, pues todo el mundo, en el *Sonderkommando*, tenía pan y conservas en cantidad suficiente. Aunque los deportados llegaran al Crematorio sin su maleta y sin llevar demasiadas cosas en el bolsillo, eran tan numerosos que de todos modos conseguíamos encontrar bastante para guardar. En otras partes, era imposible. Ser solidario era un lujo que pocos podían permitirse; un bocado dado a otro era un bocado menos para uno mismo... (Venezia, *Sonderkommando*, 122-23)

Otros testimonios aseguran que los *Sonderkommando* proporcionaban clandestinamente medicinas al resto de presos del campo, y que incluso colaboraron en la fuga de alguno de ellos²⁶.

²⁵ Los *Sonderkommando* griegos se encontraron bastante aislados al no hablar, por regla general, el alemán ni el yiddish, sino griego, ladino, francés e italiano. Además los supervivientes aseguran que los judíos sefardíes solían ser despreciados por los asquenazíes (Greif, *We Wept Without Tears*, XXVII). Shlomo Venezia advertía mayor solidaridad entre los judíos polacos, que procuraban protegerse entre sí. Mientras los sefardíes quedaban más expuestos e indefensos (Venezia, *Sonderkommando*, 109).

²⁶ Según Maria Jerzierska, prisionera polaca en Auschwitz (Greif, *We Wept Without Tears*, 64).

La degradación de los judíos, además de resultar muy útil para evitar las revueltas, ofrecía un soporte ideológico: justificaba la presunta superioridad de la raza aria predicada por el régimen, apaciguando al tiempo cualquier posible remordimiento en los SS. Maltratar a los judíos, o incluso matarlos, resultaba comprensible porque eran peores que animales, seres inmorales que traicionaban incluso a los suyos. Pero se trataba de un arma de doble filo: al tiempo que se degradaba a los prisioneros, se degradaban también los verdugos²⁷. La violencia que ejercían sobre sus víctimas, la impunidad con la que podían cometer los peores desmanes, impuestos de hecho como práctica institucionalizada por el régimen, solía despertar el sadismo en ellos y les conducía a la brutalidad²⁸. Por eso, si bien el fenómeno del nazismo tiene innegables raíces políticas y económicas, su aceptación por parte de todo un pueblo ha de ser estudiado desde el punto de vista psicológico (Fromm, *El miedo a la libertad*, 202-230). Debemos analizar el carácter de aquellos individuos a los que el discurso del régimen logró fascinar²⁹. Así como el de aquellos a los que logró aterrorizar hasta el punto de obtener su colaboración activa o su

²⁷ Los personajes de estas páginas no son hombres. Su humanidad está sepultada, o ellos mismos la han sepultado, bajo la ofensa súbita o infligida a los demás. Los SS malvados y estúpidos, los Kapos, los políticos, los criminales, los prominentes grandes y pequeños, hasta los Häftlinge indiferenciados y esclavos, todos los escalones de la demente jerarquía querida por los alemanes, están paradójicamente emparentados por una unitaria desolación interna" (Levi, *Si esto es un hombre*, 68).

²⁸ Ese sadismo toma también formas "refinadas": en lugar del maltrato físico o verbal inmediato y abierto, a veces encontramos mecanismos para obtener una satisfacción incluso más retorcida y mezquina. Pienso en las placas de cerámica con la estrella de David encontradas recientemente en Treblinka (<http://www.jpost.com/Jewish-World/Jewish-News/Archeologist-at-Treblinka-Nazi-death-camp-finds-evidence-of-gas-chambers-346947>), con las cuales se camuflaban las duchas de gas como baños rituales judíos. Así, obviamente, se pretendía tranquilizar a las víctimas; pero sospecho que también suponía una satisfacción añadida el verlas morir bajo sus propios signos religiosos, lo que de alguna forma confirmaba la superioridad de las ideas nazis.

²⁹ Los sabios, los sociólogos, criminalistas, psiquiatras, filósofos analizarán cómo pudo producirse todo esto. ¿Se trata de rasgos orgánicos, de atavismo, educación, medio, condiciones externas, predeterminación histórica, voluntad criminal de los dirigentes? ¿Qué es esto, cómo sucedió? Los rasgos embrionarios de racismo que se hallan en las exposiciones de toda clase de profesores charlatanes y de pobres teóricos provincianos alemanes del siglo pasado que parecían cómicos, el desprecio de los filisteos alemanes hacia el «cerdo ruso», el «bestia polaco», el «hebreo apestoso», el «pervertido francés», el «mercachifle inglés», el «hipócrita griego», el «tonto del checo», toda esta farfolla barata de la supremacía del alemán sobre el resto de los pueblos de la tierra de la que se burlaron bonachonamente los publicistas y los humoristas: de pronto todo esto, en el lapso de algunos años, se transformó y pasó de tener unos rasgos «infantiles» a convertirse en una amenaza mortal para la humanidad, la vida y la libertad, y llegó a ser origen de increíbles e inauditos sufrimientos, torrentes de sangre y crímenes. En esto hay materia para la reflexión" (Grossman, "El infierno de Treblinka", 561).



silencio encubridor. Entre los mecanismos psicológicos a tener en cuenta: el miedo al aislamiento, a ser rechazados y dejar de formar parte del grupo; la mezquina satisfacción de sentirse superior a un semejante... Y así hasta caer en las propias patologías sádicas de casos extremos entre los que se pueden señalar: Aribert Heim, también conocido como "Doctor Muerte", que torturó y mató salvajemente en el campo de Mauthausen; Josef Mengele, "El ángel de la muerte", que practicó crueles experimentos en el campo de Auschwitz; Carl Clauberg, que centró sus estudios sobre la esterilización en campos como Auschwitz y Ravensbrück, y otros muchos tristemente famosos³⁰. Lo realmente terrorífico no es que estos monstruos existiesen, sino que un sistema político les hubiese convertido en prohombres, cuando sólo merecían haber sido objeto de estudio psiquiátrico lejos de la sociedad (Grossman, "El infierno de Treblinka", 533). De hecho Fromm resume el carácter autoritario de Hitler, que habría calado en aquellos como él, como una presencia simultánea de tendencias sádicas³¹ y masoquistas:

El anhelo sádico de poder halla múltiples expresiones en *Mein Kampf*. Es característico de la relación de Hitler con las masas alemanas, a quienes desprecia y "ama" según la manera típicamente sádica, así como con respecto a sus enemigos políticos, hacia los cuales evidencia aquellos aspectos destructivos que constituyen un componente impor-

³⁰ La experimentación clínica sobre presos se practicó también en los campos franquistas. Entre los testimonios al respecto encontramos el del cómico Miguel Gila:

Llegó un teniente de Infantería acompañado de dos oficiales alemanes y un médico también alemán. Querían probar, nos dijeron, una vacuna contra el tifus y pidieron voluntarios para la prueba, con la promesa de darnos doble ración de comida. Con aquél mi temperamento de entonces no lo dudé un momento, fui el primero en dar un paso al frente, conmigo alguno más. Nos pusieron una inyección en el vientre, una aguja curva que parecía un gancho de los que usan en las pollerías para colgar a los pollos, y tal como nos habían prometido nos dieron pan y comida abundante, que compartí con algunos de mis compañeros, con los más débiles. Los oficiales y el médico alemán dejaron pasar unas horas para ver qué efecto causaba la inyección. La cosa no fue grave, unos cuantos pequeños granos en la piel que picaban endemoniadamente, tal vez algo de fiebre y nada más (Torres, *Los esclavos de Franco*, 43).

³¹ Tendencias que Hitler justificó con una interpretación muy discutible de las teorías darwinianas, que en realidad nada tienen que ver con el sadismo, y que se manifiestan en esa anécdota que cuenta sin pudor en su *Main Kampf* según la cual, cuando vivía en Munich, adoptó la costumbre de tirar miguitas de pan a los ratones de su cuarto para ver cómo se peleaban por el alimento.

tante del sadismo. Habla de la satisfacción que sienten las masas en ser dominadas. "Lo que ellas quieren es la victoria del más fuerte y el aniquilamiento o la rendición incondicional del más débil" (Fromm, *El miedo a la libertad*, 215). Las minorías raciales y políticas dentro de Alemania y, llegado el caso, el pueblo de otras naciones, descritos como débiles y decadentes, constituyen el objeto con el cual se satisface el sadismo de las masas. Al tiempo que Hitler y su burocracia disfrutaban del poder sobre las masas alemanas, estas mismas masas aprenden a disfrutarlo con respecto a otras naciones, y de ese modo ha de dejarse impulsar por la pasión de dominación mundial" (Fromm, *El miedo a la libertad*, 218). En efecto se trataba de una estructura piramidal, con una amplia base que no puede negar sus responsabilidades. "Miles, decenas de miles, centenares de miles de seres semejantes constituyen el apoyo, la base de la Alemania hitleriana [...] Uno u otro tipo de estado no le cae a la gente desde el cielo: la actitud material e ideológica de los pueblos es la que engendra el orden estatal. Se debe pensar en esto y horrorizarse... (Grossman, *El infierno de Treblinka*, 533).

En concreto el sadismo empleado por los SS en los campos de concentración —especialmente en los últimos momentos camino de las cámaras de gas—, la brusquedad y la crueldad ilógica e injustificable, forma parte de un plan³² bien calculado para acabar de aturdir a las víctimas, para destruir su capacidad de razonar y reaccionar, aniquilando definitivamente su voluntad (Grossman, "El infierno de Treblinka", 531). Si nada tenía sentido dentro de los campos, significaba que nada se podía prever ni evitar, y por lo tanto tampoco merecía la pena intentarlo siquiera.

³² Del que formaba parte también el desnudar a las víctimas. Al margen del engaño sobre las duchas, la desnudez —aún más dura para los especialmente religiosos— deja al hombre indefenso y debilita su iniciativa. Además se les exigía constantemente que se diesen prisa, y esto les confundía todavía más. El mismo Franz Stangl, comandante de Treblinka, reconoce que la violencia gratuita sirvió también para condicionar psicológicamente a los prisioneros que habían de llevar a cabo los procedimientos —es decir los *Sonderkommando*—; para posibilitar que hiciesen lo que hacían (Sereny, *Desde aquella oscuridad*, 142).

Sobrecoge observar que en dieciséis meses de trabajo a pleno rendimiento, Gradowski sólo recordase dos casos en los que las víctimas, a pesar de saber que nada tenían que perder, se resistiesen en sus últimos momentos de vida (Gradowski, *En el corazón del infierno*, 126-27). Los propios *Sonderkommando*, que se sabían carne de horno, no intentaban la fuga. Shlomo Venezia recuerda un único intento de fuga entre ellos, que además se produjo de forma casi fortuita (Venezia, *Sonderkommando*, 112). Quizá una parte de esa aparente docilidad de los *Sonderkommando* ante su destino la explique el desenlace de aquel caso: su protagonista acabó muerto y desfigurado, ante sus restos desmembrados fueron obligados a desfilar sus antiguos compañeros, que después cremaron sus restos (Venezia, *Sonderkommando*, 114). Que los *Sonderkommando* vivían en un paralizante pánico, como el resto de reclusos, resulta innegable.

Pero la admiración por el poderoso y el desprecio y odio por el débil es típico del carácter sadomasoquista. Por eso, en realidad, la docilidad judía en los campos solía tener el efecto contrario al deseado por la víctima.

El régimen se reveló un eficiente manipulador al prometer la posible salvación a cambio de la colaboración y total sumisión. Se creó una "ilusión del indulto", como se denomina en psiquiatría a la esperanza del condenado a muerte de que se le indultará hasta el último segundo antes de su ejecución (Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 19), que no respondía a la realidad; pero que sirvió para evitar rebeliones y para asegurarse la colaboración de los *Sonderkommando* así como el trabajo esclavo del resto de prisioneros³³. La posibilidad de supervivencia, de perdón, era sólo ficticia. Para perpetuarse en el poder, el sistema alimentó

³³ La "redención" mediante el trabajo forzado existió también en la España franquista (Torres, *Los esclavos de Franco*; Rodrigo, *Cautivos*).

la inseguridad, miedo, egoísmo, ambición y en general las más bajas pasiones de sus víctimas y también de sus verdugos.

El *Sonderkommando* Zalmen Gradowski analiza con extrema lucidez el mecanismo del que los nazis se sirvieron para conseguir que los presos soportasen la pérdida de sus seres queridos y las constantes injusticias y penurias sin llegar a estallar en las revueltas masivas que él y otros presos esperaban y no vieron llegar (Gradowski, *En el corazón del infierno*, 80). Explica que, para evitarlo, decidieron dividir a las víctimas, y lo hicieron creando una clasificación que puso en marcha los peores mecanismos de supervivencia, los que destruyeron la conciencia de grupo y minaron la solidaridad: hicieron que los presos creyesen realmente en la división entre “inscritos” y “no inscritos” (en las listas para las cámaras) y la asumiesen como propia. Cuando en realidad los *Sonderkommando* sabían mejor que nadie que esa división era meramente circunstancial, y que nada podía hacer el propio preso por pertenecer a un grupo u a otro; que sólo en manos de sus verdugos estaba la decisión, a menudo arbitraria. De esta forma, los “no inscritos”, aliviados por haberse librado del peligro más inmediato, perdían el interés por defender la vida de quienes, al menos por esa vez, habían ocupado su lugar frente al destino. Por el momento dejaban de sentir la necesidad imperiosa de combatir. Incluso había prisioneros que marginaban a los “musulmanes”³⁴, como si ya llevasen la muerte pegada a la piel y ese mal pudiese volverse contagioso.

Algunos prisioneros, en su afán por sobrevivir, en efecto asimilaron como propia la forma mental que se les pretendía imponer, aumentando así la división entre las víctimas y en consecuencia su disgregación como grupo y su debilidad. Por eso las SS crearon la figura de los *Kapo*, pri-

³⁴ Los presos muy deteriorados, los que ya todos consideraban carne de crematorio. Shlomo Venezia sugiere que quizá el nombre se debiese a que estaban tan debilitados que no lograban mantenerse de pie mientras se pasaba lista, y caían al suelo de rodillas, vencidos por el peso de sus propias cabezas: como si estuviesen orando al estilo de los musulmanes (Venezia, *Sonderkommando*, 96-97).

sioneros seleccionados para vigilar a sus compañeros. Este sistema dividía a las víctimas, alimentaba la desconfianza y el odio entre los propios prisioneros. Con el mismo fin, hacían que determinados castigos físicos, como por ejemplo los latigazos, fuesen aplicados por otros presos sobre sus compañeros (Venezia, *Sonderkommando*, 111).

Primo Levi habla de los judíos prominentes, los que habían logrado sobrevivir largamente y tenían posiciones privilegiadas:

Son el típico producto de la estructura del Lager alemán: ofrézcase a algunos individuos en estado de esclavitud una posición privilegiada, cierta comodidad y una buena probabilidad de sobrevivir, exigiéndoles a cambio la traición a la solidaridad natural con sus compañeros, y seguro que habrá quien acepte. Éste será sustraído a la ley común y se convertirá en intangible; será por ello tanto más odiado cuanto mayor poder le haya sido conferido. Cuando le sea confiado el mando de una cuadrilla de desgraciados, con derecho de vida y muerte sobre ellos, será cruel y tiránico porque entenderá que si no lo fuese bastante, otro, considerado más idóneo, ocuparía su puesto. Sucederá además que su capacidad de odiar, que se mantenía viva en dirección a sus opresores, se volverá, irracionalmente, contra los oprimidos, y él se sentirá satisfecho cuando haya descargado en sus subordinados la ofensa recibida de los de arriba (Levi, *Si esto es un hombre*, 51).

Viktor Frank asegura:

Mientras estos prisioneros comunes tenían muy poco o nada que llevarse a la boca, los "capos" no padecían nunca hambre; de hecho, muchos de estos "capos" lo pasaron mucho mejor en los campos que en toda su vida, y muy a menudo eran más duros con los prisioneros que los propios guardias, y les golpeaban con mayor crueldad que los hombres de las SS. Claro está que los "capos" se elegían de entre aquellos prisioneros cuyo carácter hacía suponer que serían los indicados para tales procedimientos, y si no



cumplían con lo que se esperaba de ellos, inmediatamente se les degradaba. Pronto se fueron pareciendo tanto a los miembros de las SS y a los guardianes de los campos que se les podría juzgar desde una perspectiva psicológica similar. [...] aunque había algunas felices excepciones). Además de la selección de los "capos", que corría a cargo de las SS y que era de tipo activo, se daba una especie de proceso continuado de autoselección pasiva entre todos los prisioneros. Por lo general, sólo se mantenían vivos aquellos prisioneros que tras varios años de dar tumbos de campo en campo, habían perdido todos sus escrúpulos en la lucha por la existencia; los que estaban dispuestos a recurrir a cualquier medio, fuera honrado o de otro tipo, incluidos la fuerza bruta, el robo, la traición o lo que fuera con tal de salvarse. Los que hemos vuelto de allí gracias a multitud de casualidades fortuitas o milagros —como cada cual prefiera llamarlos— lo sabemos bien: los mejores de entre nosotros no regresaron. (Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 12-14)

Entre los *Sonderkommando*, a pesar de sus duras condiciones psicológicas, Shlomo Venezia recuerda haber escuchado a muchos afirmar que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por sobrevivir, pero no sabe de ninguno que intentase suicidarse (Venezia, *Sonderkommando*, 109). Era muy distinto en Treblinka, donde los escasos afortunados que no eran gaseados a la llegada, los que desempeñaban las labores de *Sonderkommando* temporalmente, eran ejecutados a los pocos días. Allí, donde no existía ninguna esperanza ni por tanto motivos para seguir viviendo, cada jornada un buen número de prisioneros se colgaban o tiraban al pozo que había junto a la cámara (Rajchman, *Treblinka*, 69-70, 75). La esperanza, aunque fuese infundada, marcaba la diferencia. Comparando los testimonios de los *Sonderkommando* de Auschwitz y los de Treblinka, sospecho que los alemanes aprendieron precisamente en Treblinka el enorme poder de persuasión que ofrecía la esperanza. Y que por eso, a pesar de que la dureza de la vida en los campos posteriores también fue

mucha, procuraron alimentar esa esperanza en los prisioneros, que así quedaban aún más sometidos a ellos. Porque aunque el fin último de los centros fuese el exterminio, pronto comprendieron que debían hacer compatible ese fin con la exigencia de mano de obra que realizase el trabajo sucio para que el campo no dejase de funcionar. Sin los *Sonderkommando* suficientes y competentes, el caos estaba asegurado.

Algunos me preguntaban si no valía más terminar de una vez. Pero yo no pensaba en ello, era preciso salir adelante, día tras día, sin hacerse preguntas: continuar viviendo, aunque fuera terrible. [...] Yo pienso que habría preferido morir. Pero se me venía a la cabeza, cada vez, una frase de mi madre: «Mientras se respira, hay vida». Estábamos muy cerca de la muerte, pero avanzábamos, día tras día. (Venezia, *Sonderkommando*, 109).

Un paso tras otro, igual que en las filas de selección de Auschwitz, como explica Imre Kertész al final de *Sin destino* (Kertész, *Sin destino*, 232-33). En eso acabó consistiendo la supervivencia, en seguir dando un paso tras otro, aunque se hiciese hacia un destino incierto³⁵.

Las víctimas no se revelaron en la medida que habría cabido esperar, sobre todo, porque en ellas se cultivaba la esperanza: la esperanza de que cerrando los ojos al horror se lograra sobrevivir, ser indultado. ¿Podemos estigmatizar a una víctima por eso? Lo mismo sucedió en los guetos: las autoridades alemanas trataban con sus representantes, y estos aún esperaban poder obtener condiciones favorables para la comunidad o

³⁵ Dentro del campo, ocupado en la supervivencia, uno está "anestesiado". Fuera, cuando la persona toma conciencia de su experiencia, comienza una fase aún más difícil. Chil Rajchman cuenta cómo, después de fugarse con éxito de Treblinka, donde fue *Sonderkommando*, una vez a seguro en casa de un amigo que le procura documentos falsos, es decir apenas el peligro de muerte se vuelve menos inminente, entra en una profunda depresión: "Tras permanecer en su casa varios días, me derrumbo anímica y físicamente. Pierdo el apetito y me convengo de que no tengo derecho a seguir viviendo, después de todo lo que he visto y por lo que he pasado. Mi amigo me cuida y quiere convencerme de que testigos como yo quedan pocos y que debo vivir para contrarlo" (Rajchman, *Treblinka*, 156).



al menos poder salvar una parte de ella. Y con esa esperanza seguían confeccionando las listas que se les exigían para deportar a los que en ellas apareciesen inscritos. La esperanza salva, pero también puede matar.

SHLOMO VENEZIA Y ZALMEN GRADOWSKI FRENTE A FRENTE

De igual modo que dos personas distintas pueden afrontar de forma totalmente diversa los mismos hechos, dos autores pueden aproximarse a la misma experiencia y dar testimonio sobre ella desde dos ángulos diametralmente opuestos. Es esto lo que advertimos al acercarnos a las obras de estos dos hombres, ambos *Sonderkommando* de Auschwitz. Especialmente si lo hacemos contemporáneamente.

Desconcierta el testimonio de Zalmen, escrito cuando el autor, judío polaco, aún seguía inmerso en el horror que narra, desde dentro del mismo Auschwitz³⁶ que se convertiría en su tumba tras la fallida revuelta. Turba por su manifiesto anhelo de mostrar un cierto virtuosismo literario. Por su excesiva retórica y su ampulosidad rebuscada a la hora de narrar los hechos, convertido ya el hecho en sí en un hecho voluntariamente literario. Por su empeño en dotar de lirismo al relato de los sucesos más crudos, de las propias ejecuciones en la cámara... ¿Cómo puede una persona hablar de tal tragedia en esos términos? ¿Acaso era Zalmen un monstruo sin sentimientos? En absoluto. Pero parece como si nunca se implicase de verdad emotivamente. Como sí, a pesar de las exageradas manifestaciones de dolor³⁷, lograse observar las cosas desde una cierta

³⁶ Con el encubrimiento y colaboración necesaria de algunos de sus compañeros del *Sonderkommando*, pues el papel para escribir había de suministrárselo alguien que trabajase registrando los equipajes de los prisioneros, en concreto Jacob Freimark (Gradowski, *En el corazón del infierno*, XXXIV). El manuscrito fue enterrado dentro de una cantimplora, bajo el patio del crematorio, y se sacó a la luz durante unas excavaciones en 1945.

³⁷ Asistimos constantemente a un ejercicio de grandilocuencia para describir el dolor, que normalmente parece más sincero cuanto más modesto y callado. Curiosamente, no pocas veces se pretende equiparar el sufrimiento de la víctima que muere con el que siente el *Sonderkommando* involucrado en su desaparición: "Las conducimos, a las queridas hermanas, a las apreciadas, las tiernas, las sostenemos por los brazos, avanzamos mudos, paso a paso, nuestros corazones laten rítmicamente al unísono. Sufrimos y sangramos igual que ellas y sentimos que cada paso que damos es un paso más que aleja de la vida y acerca a la muerte [...] miran por última vez el cielo y la luna y un profundo suspiro surge instintivamente de nuestros corazones al mismo tiempo. A la luz de la luna sen ven brillar las lágrimas de la hermana que es conducida hasta la muerte y una lágrima permanece congelada en el ojo del hermano que la acompaña" (Gradowski, *En el corazón del infierno*, 138).

distancia. Desde la lejanía, obviamente, impuesta por la alienación típica de los prisioneros de los campos. Zalmen escribe aún en shock, “anestesiado” como todos los supervivientes se describen dentro del campo. El halo de irrealidad que destila su relato seguramente fue propiciado por esa circunstancia tan trágica y concreta. Pero contrasta hondamente con el sobrio y descarnado relato de los hechos que encontramos en el libro de Shlomo, una entrevista en la que el anciano se mostró dispuesto a responder las preguntas más incómodas con admirable sinceridad. Frente a Zalmen, Shlomo huye de las explicaciones vagas o del lenguaje voluntariamente lírico, de imágenes, alusiones, metáforas o eufemismos: Shlomo no duda en llamar a las cosas por su nombre aunque éste sea sórdido, porque sórdida es a menudo la realidad que describe. Shlomo recuerda detalles muy concretos, sobrecogedoramente concretos. El tipo de detalles que el resto de *Sonderkommando* supervivientes tienden a evitar en sus testimonios. Detalles dantescos de cuerpos ajenos que quedaron impresos en el alma propia. Un ejemplo concreto de esa radical diferencia que advertimos entre las dos obras: mientras Zalmen alaba largamente la pura hermosura de los cuerpos desnudos de las jóvenes judías que entran en la cámara de gas con profusión de adjetivos, pretendiendo dotar de belleza estilística a unos hechos macabros, Shlomo Venezia asegura que en cierta ocasión se vieron obligados a cremar a una mujer tan bella que parecía una estatua griega, por lo que les costó mucho destruir esa perfección y tardaron varios días en meterla en el horno:

Creo que es el único caso en el que realmente «miré»; de lo contrario, todo ocurría maquinalmente, no había nada que ver. Ni siquiera en la sala de desnudarse prestábamos atención; no teníamos derecho a enternecernos. (Venezia, *Sonderkommando*, 119).



En una paradoja sólo aparente, el testimonio de Shlomo, escrito décadas después de los hechos, es mucho más rico en detalles, a menudo crudos, que el redactado por Zalmen. En el fondo, quien vive aún la experiencia en presente tiene más necesidad de justificarse, incluso ante sí mismo, que quien, a lo largo de años y con mucho esfuerzo, ha conseguido asimilarla y aceptarla como parte de su pasado. Justificación de sus actos y comprensible lucha interna frente a lo que estaba haciendo, aunque fuese bajo amenaza de muerte, es lo que advierto en la obra de Zalmen. Aunque el fin explícito de Gradowski es dejar testimonio histórico del genocidio para que no se olvide a las víctimas, entre las que repite varias veces que se encontraba toda su familia y a las que él mismo estaba seguro de sumarse en breve, lo cierto es que el autor se resiste a describir sus actividades en Auschwitz pormenorizadamente. Zalmen normalmente evita dar detalles sobre las tareas desarrolladas por los *Sonderkommando*, especialmente los más escabrosos relacionados con las ejecuciones. Y cuando estas descripciones finalmente avienen, curiosamente se usan formas impersonales en los verbos. Como si los acontecimientos se produjesen solos. Como si las despiadadas órdenes dictadas por las “bestias asesinas” –como suele denominar a los SS– se ejecutasen solas, por arte de magia: sin la intervención necesaria del narrador y sus compañeros. Como si las ejecutantes fuesen unas manos sin cuerpo, sin identidad³⁸.

³⁸ Gradowski, *En el corazón del infierno*, 142-43:

De la boca de perla se arrancarán los dientes junto con la carne, y la sangre correrá a raudales.

De la nariz perfilada manarán dos ríos: uno rojo, otro amarillo o blanco.

Y el rostro blanco y rosado se tornará rojo, azul o negro por efecto del gas.

Los ojos desorbitados estarán inyectados en sangre, y será imposible reconocer a la mujer que ahora mismo tenemos ante nosotros. Y dos heladas manos cortarán los ensortijados cabellos y arrancarán los pendientes de sus orejas y los anillos de sus dedos.

Después, dos hombres extraños cubrirán con guantes sus manos o las envolverán con trozos de tela, ya que estos cuerpos –ahora blancos como la nieve– tendrán entonces un aspecto repulsivo y no querrán tocarlos con las manos desnudas. Arrastrarán a esta joven y hermosa flor por el suelo de cemento, helado y mugriento. Y su cuerpo arrastrado barrerá toda la suciedad que encuentre en su camino.

Y como si se tratara de un animal repugnante, será lanzada, arrojada sobre un montacargas que la enviará al fuego de allí arriba, al infierno, y en pocos minutos esta carne humana se convertirá en cenizas.

Cuando esas manos pertenecían a Gradowski y sus infortunados compañeros.

Infinitamente más objetivo, más imparcial que el de Zalmen y en absoluto esquivo, se me antoja el testimonio de Shlomo. Shlomo en varios momentos asegura que quiere contar sólo las cosas que recuerda, nada más: “quiero contar, mientras pueda hacerlo, pero confiando sólo en mis recuerdos, en lo que estoy seguro de haber visto y nada más” (Venezia, *Sonderkommando*, 77). Claramente el autor trata de evitar que sus sentimientos interfirieran en su testimonio, que desvirtúen sus recuerdos como tan a menudo sucede. Por eso tan pocas veces a lo largo del libro realiza afirmaciones generalizadas y mucho menos juicios de valor, y las escasas veces que lo hace procura aportar pruebas y ejemplos que lo justifiquen. Su intención es ofrecer un testimonio riguroso porque su verdadero objetivo no es contar su historia, sino dar a conocer un pedazo de Historia que no ha de volverse a repetir.

Parece haber asumido de una forma admirable su pasado, incluso las experiencias que le obligaron a descubrir las peores facetas de su persona. Tan admirablemente que es capaz de relatarlas sin adornos ni excusas; sin preocuparse de la imagen que dará de sí mismo a los demás. Entre otras cosas porque para Shlomo lo importante no es él y su historia como superviviente, sino los propios hechos: esos que implicaron a millones de personas de las que nunca llegaremos a conocer el nombre. Entiende que el suyo es sólo un ejemplo de tantos, y que por ello de ejemplo puede servir. No se advierte en su testimonio ningún afán de protagonismo. Ni rastro de orgullo. Pero tampoco de vergüenza. No necesita justificarse ni ante los demás ni ante sí mismo porque es perfectamente consciente de que hay cosas que no tienen justificación posible. Más que el horror que a veces impone la supervivencia. Es un hombre que ha aprendido a vivir en armonía —en su particular armonía— con un cierto

grado de remordimiento, sin que ello ensombrezca mínimamente la sinceridad de su discurso. Venció a los demonios que lo torturaban dentro de los campos y, aunque la experiencia lo cambiase para siempre, en el fondo lo volvió a hacer fuera de ellos.

El testimonio de Shlomo sorprende y abruma por su brutal honestidad. Por la sencillez y valentía con la que reconoce los hechos más terribles en los que se vio involucrado. Cierto es que en algún momento nos recuerda que los *Sonderkommando* realizaban sus labores bajo amenaza de muerte —“Es importante escribir que no teníamos elección. Quienes se negaban eran ejecutados en el acto de un tiro en la nuca” (Venezia, *Sonderkommando*, 123)—, pero se abstiene de escudarse tras ese argumento. No declina responsabilidades ni esconde los detalles que podrían cuestionar su humanidad y su integridad, de no recordar siempre que las vivencias de las que habla se produjeron en una situación absolutamente límite impuesta por otros como parte de un perverso sistema de tortura. Shlomo no es amigo de los maniqueísmos: “Hoy, con frecuencia, me hago la pregunta: ¿qué habría hecho si me hubieran obligado a matar? ¿Qué habría hecho? No lo sé. ¿Me habría negado, acaso, aun sabiendo que me habrían matado en el acto?” (Venezia, *Sonderkommando*, 123).

Shlomo Venezia, judío sefardita nacido en Salónica y con nacionalidad italiana, fue *Sonderkommando* en Auschwitz durante ocho meses y medio, entre abril de 1943 y diciembre de 1944. Un tiempo que bastó para marcar el resto de sus días. Shlomo, que en el campo perdió a su madre y a sus dos hermanas pequeñas, falleció en el primero de octubre de 2012. Pero antes se atrevió a dejar testimonio de sus experiencias en un libro publicado en Italia en 2007, *Sonderkommando Auschwitz*. Ese libro se cierra con la siguiente contestación a la pregunta “¿Qué destruyó en usted esa extrema experiencia?”:

La vida. Nunca más tuve una vida normal. Nunca he podido afirmar que todo iba bien y, como los demás, ir a bailar y divertirme despreocupadamente...

Todo me devuelve al campo. Haga lo que haga, vea lo que vea, mi espíritu regresa siempre al mismo lugar. Es como si el "trabajo" que tuve que hacer allí no hubiera salido nunca, realmente, de mi cabeza...

Nunca se sale realmente del Crematorio.

(Venezia, *Sonderkommando*, 176-77).

CONCLUSIONES

Pese a las evidentes diferencias, en ambos testimonios, aunque de modo distinto, encontramos la conciencia de la Historia: de la responsabilidad frente a la Historia. Y parece que ésa era común a otros *Sonderkommando*, poco dispuestos a dejar que se olvidase el horror. Los supervivientes que han decidido contar su experiencia no intentan negar la atrocidad de los hechos que se vieron obligados a cometer: son los primeros en entender que su testimonio, por duro que resulte darlo, y aunque a veces haya podido lanzar sombras sobre sus propias personas, se revela esencial para entender el horror que se vivió en los campos. Ellos mismos, todavía dentro de éstos y con el riesgo que suponía, intentaron evitar que los nazis borrarán las pruebas para salir indemnes ante la Historia. Chil Rajchman cuenta que en Treblinka los prisioneros dejaban, sin ser vistos, huesos enteros junto a las cenizas que enterraban (Rajchman, *Treblinka*, 94-95). Lo mismo relata Gradowski respecto a Auschwitz en una carta escrita a un mes de la revuelta que le costaría la vida y que permaneció enterrada en un pozo de cenizas:

Querido «descubridor», busca en cada trocito de tierra porque debajo de la superficie se han enterrado decenas de documentos –míos y de otras personas– que arrojan luz sobre lo que aquí ha ocurrido. En este lugar hay también



muchos dientes enterrados. Los esparcimos nosotros, los trabajadores del comando, intencionadamente y todos los que pudimos por la parcela entera, para que el mundo pudiera hallar los rastros de millones de personas asesinadas. Nosotros mismos ya hemos perdido la esperanza de llegar vivos al momento de la liberación (Gradowski, *En el corazón del infierno*, 168)

Esa misma carta, junto con las otras que algunos prisioneros enterraron bajo el campo (Greif, *We Wept Without Tears*, XXII) que también fue su tumba, demuestran sus esfuerzos por evitar que la tragedia, la personal y la comunitaria, cayese en el olvido.

Hombres como Shlomo Venezia, incluso como Chil Rajchman a su modo y desde un mayor ostracismo —entre sus últimas voluntades estaba que sus memorias sobre el tiempo pasado en Treblinka fuesen publicadas después de su muerte, acontecida en 2004—, parecen haber asumido admirablemente una parte terrible de su pasado que aún así habría de acompañarles toda la vida. Shlomo, a pesar de los traumas permanentes que condicionaron también su vida familiar, parecía en paz consigo mismo. Significa que debió de analizar durante décadas de silencio los factores que habían moldeado su situación, sobre todo las atrocidades vividas durante el cautiverio. Y debió de comprender que, como afirma Gitta Sereny, “las acciones de una persona jamás pueden juzgarse independientemente de los elementos externos que perfilan e influencia su vida” (Gitta Sereny, *Desde aquella oscuridad*, 15). Que si consiguió adaptarse entonces no se debió a que fuese un monstruo, sino a que sus verdugos habían encontrado el método para doblegar su psique y condicionarla buscando sus propios fines. El más cruel: que si sobrevivía, no se sintiese con derecho a considerarse una víctima, sino parte a su vez del mecanismo de muerte. Y ése no lo habían conseguido. La gran victoria en la Segunda Guerra Mundial no llega de la mano de los tanques aliados,

sino de la fortaleza de estos hombres³⁹ que consiguieron no caer en la trampa: no sobrevivir, sino vivir otra vez. Vivir a pesar de todo. Con esos lastres que habrían de acarrear de por vida, es cierto. Pero vivir, aun así, y dar testimonio. Volver a sentirse personas. Personas con derecho a compartir su historia, que es la de todos, sin temor ni vergüenza. Son ellos, los pocos escapados de esa aberración, los que realmente pudieron afirmar "Al final derroté a Hitler"⁴⁰.

Cos'è un lager?

*Sono mille e mille occhiaie vuote, sono mani magre
abbarbicate ai fili,
son baracche, uffici, orari, timbri e ruote, son routine e risa
dietro a dei fucili,
sono la paura, l' unica emozione, sono angoscia d' anni dove
il niente è tutto,
sono una pazzia ed un'allucinazione...
Francesco Guccini, Lager*

BIBLIOGRAFÍA

- FRANKL, Viktor, *El hombre en busca de sentido*, Barcelona: Editorial Herder, 1991.
FROMER, Rebecca, *The Holocaust Odyssey of Daniel Bennis, Sonderkommando*, Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1993.
FROMM, Erich, *El miedo a la libertad*, Barcelona: Paidós Studio, 1988.
GALCERA, David, *Primo Levi: contra la asimilación de la víctima al verdugo*, Congreso Internacional "¿Las víctimas como precio necesario?" Memoria, justicia y reconciliación, 29 - 31 de octubre de 2013, Proyecto de Investigación «Filosofía después del Holocausto: Vigencia de sus lógicas perversas», Instituto De Filosofía Centro de Ciencias Humanas y Sociales-CSIC, Madrid
<http://www.proyectos.cchs.csic.es/fdh/sites/default/files/1-5%20Galcera.pdf>

³⁹ Digna de mayor admiración aún si cabe, la victoria de aquellos que consiguieron, como Viktor Frankl o Primo Levi, convertir sus experiencias dentro del campo en una lección para la posteridad: en un riguroso análisis sobre los factores psicológicos y sociológicos que condujeron a esa monstruosidad.

⁴⁰ Título con el que se publicó en español la obra de Salmoni, *Ho sconfitto Hitler*.



- GRADOWSKI, Zalmen, *En el corazón del infierno. Documento de un Sonderkommando de Auschwitz -1944*, edición dirigida y presentada por Philippe Mesnard y Carlo Saletti, Barcelona: Anthropos Ediciones, 2008.
- GREIF, Gideon, *We Wept Without Tears: Testimonies of the Jewish Sonderkommando from Auschwitz*, New Haven – Londres: Yale University Press, 2005.
- GROSSMAN, Vasili, "El infierno de Treblinka", *Años de Guerra*, Barcelona: Círculo de Lectores, 2009.
- KERTÉSZ, Imre, *Sin destino*, Barcelona: Círculo de Lectores, 2000
- LEVI, Primo, *Si esto es un hombre*, Barcelona: Muchnik Editores, 2002.
- _____, *I sommersi e i salvatisalvati*, Torino: Einaudi, 2003.
- _____, Benedetti, Leonardo, "Rapporto sulla organizzazione igienico-sanitaria del campo di concentramento per ebrei di Monowitz (Auschwitz-Alta Slesia)", *Minerva Medica*, XXXVII, julio-diciembre de 1946.
- LEWENTAL, Zalmen, "Des voix sous la cendre: manuscrits des Sonderkommandos d'Auschwitz-Birkenau", *Revue d'histoire de la Shoah. Le Monde Juif*, n. 71, ed. Somogy-CDJC, París, enero-abril 2001.
- RAJCHMAN, Chil, *Treblinka*, Barcelona: Seix Barral, 2014.
- RODRIGO, Javier, *Cautivos: Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona: Crítica, 2005.
- SALMONI, RUBINO Romeo, *Ho sconfitto Hitler. Appunti, note e frammenti di memoria di un sopravvissuto ad Auschwitz-Birkenau*, Provincia di Roma, 2011.
- SEMPRÚN, Jorge, *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona: Tusquets, 2001.
- SERENY, Gitta, *Desde aquella oscuridad. Conversaciones con el verdugo: Franz Stangl, comandante de Treblinka*, Barcelona: Edhasa, 2009.
- TORRES, Rafael, *Los esclavos de Franco*, Madrid: Oberon, 2000.
- VENEZIA, Shlomo, *Sonderkommando: El testimonio de un judío obligado a trabajar en las cámaras de gas*, Barcelona: RBA, 2010.